

ciento y nueve, y diez y seis caballos é yeguas, las yeguas todas eran de juego y de carrera, é once navíos grandes y pequeños, con uno que era como bergantín, que traía á cargo un Ginés Nortés, y eran treinta y dos ballesteros y trece escopeteros, que así se llamaban en aquel tiempo, é tiros de bronce é cuatro falconetes, é mucha pólvora é pelotas, y esto desta cuenta de los ballesteros no se me acuerda bien, no hace al caso de la relacion; y hecho el alarde, mandó á Mesa el artillero, que así se llamaba, é á un Bartolomé de Usagre, é Arbenga é á un catalán, que todos eran artilleros, que lo tuviesen muy limpio é aderezado, é los tiros y pelotas muy á punto, juntamente con la pólvora. Puso por capitán de la artillería á un Francisco de Orozco, que habia sido buen soldado en Italia; asimismo mandó á dos ballesteros, maestros de aderezar ballestas, que se decían Juan Benitez y Pedro de Guzman el Ballesterero, que mirasen que todas las ballestas tuviesen á dos y á tres nueces é otras tantas cuerdas, y que siempre tuviesen cepillo é ingijuela, y tirasen á terrero, y que los caballos estuviesen á punto. No sé yo en qué gasto ahora tanta tinta en meter la mano en cosas de apercebimiento de armas y de lo demás; porque Cortés verdaderamente tenia grande vigilancia en todo.

CAPITULO XXVII.

Cómo Cortés supo de dos españoles que estaban en poder de indios en la punta de Cotoche, y lo que sobre ello se hizo.

Como Cortés en todo ponía gran diligencia, me mandó llamar á mí é á un vizcaíno que se llamaba Martín Ramos, é nos preguntó que qué sentíamos de aquellas palabras que nos hubieron dicho los indios de Campeche cuando venimos con Francisco Hernandez de Córdoba, que decían *Castilan, Castilan*, segun lo he dicho en el capitulo que dello habla; y nosotros se lo tornamos á contar segun y de la manera que lo habíamos visto é oído, é dijo que ha pensado en ello muchas veces, é que por ventura estarian algunos españoles en aquellas tierras, é dijo: «Paréceme que será bien preguntar á estos caciques de Cozumel si sabian alguna nueva dellos;» é con Melchorejo, el de la Punta de Cotoche, que entendia ya poca cosa la lengua de Castilla, é sabia muy bien la de Cozumel, se lo preguntó á todos los principales, é todos á una dijeron que habian conocido ciertos españoles, é daban señas dellos, y que en la tierra adentro, andadura de dos soles, estaban, y los tenían por esclavos unos caciques, y que allí en Cozumel habia indios mercaderes que les hablaron pocos dias habia; de lo cual todos nos alegramos con aquellas nuevas. E dijoles Cortés que luego les fuesen á llamar con carta, que en su lengua llaman *amales*, é dió á los caciques y á los indios que fueron con las cartas, camisas, y los halagó, y les dijo que cuando volviesen les darian mas cuentas; y el Cacique dijo á Cortés que enviase rescate para los amos con quien estaban, que los tenían por esclavos, porque los dejasen venir; y así se hizo, que se les dió á los mensajeros de todo género de cuentas, y luego mandó apercebir dos navíos, los de menos porte, que el uno era poco mayor que bergantín, y con veinte ballesteros y

escopeteros, y por capitán dellos á Diego de Ordás; y mandó que estuviesen en la costa de la Punta de Cotoche, aguardando ocho dias con el navío mayor; y entre tanto que iban y venian con la respuesta de las cartas, con el navío pequeño volviesen á dar la respuesta á Cortés de lo que hacían, porque estaba aquella tierra de la Punta de Cotoche obra de cuatro leguas, y se parece la una tierra desde la otra; y escrita la carta, decia en ella: «Señores y hermanos: Aquí en Cozumel he sabido que estáis en poder de un cacique detenidos, y os pido por merced que luego os vengais aquí en Cozumel, que para ello envío un navío con soldados, si los hubiéredes menester, y rescate para dar á esos indios con quien estáis, y lleva el navío de plazo ocho dias para os aguardar. Venios con toda brevedad; de mí sereis bien mirados y aprovechados. Yo quedo aquí en esta isla con quinientos soldados y once navíos; en ellos voy, mediante Dios, la via de un pueblo que se dice Tabasco ó Potonchan, etc.» Luego se embarcaron en los navíos con las cartas y los dos indios mercaderes de Cozumel que las llevaban, y en tres horas atravesaron el golfete, y echaron en tierra los mensajeros con las cartas y el rescate, y en dos dias las dieron á un español que se decía Jerónimo de Aguilar, que entonces supimos que así se llamaba, y de aquí adelante así le nombraré. Y desde las hubo leído, y recibido el rescate de las cuentas que le enviamos, é se holgó con ello y lo llevó á su amo el Cacique para que le diese licencia; la cual luego la dió para que se fuese adonde quisiese. Caminó el Aguilar adonde estaba su compañero, que se decía Gonzalo Guerrero, que le respondió: «Hermano Aguilar, yo soy casado, tengo tres hijos, y tiénneme por cacique y capitán cuando hay guerras: los vos con Dios; que yo tengo labrada la cara é horadada las orejas; ¿qué dirán de mí desde que me vean esos españoles ir desta manera? E ya veis estos mis tres hijitos cuán bonitos son. Por vida vuestra que me deis desas cuentas verdes que traeis, para ellos, y diré que mis hermanos me las envian de mi tierra;» é asimismo la india mujer del Gonzalo habló al Aguilar en su lengua muy enojada, y le dijo: «Mira con qué viene este esclavo á llamar á mi marido: los vos, y no cureis de mas pláticas;» y el Aguilar tornó á hablar al Gonzalo que mirase que era cristiano, que por una india no se perdiese el ánima; y si por mujer é hijos lo habia, que la llevase consigo si no los queria dejar; y por mas que le dijo é amonestó, no quiso venir. Y parece ser aquel Gonzalo Guerrero era hombre de la mar, natural de Pálos. Y desde que el Jerónimo de Aguilar vió que no queria venir, se vino luego con los dos indios mensajeros adonde habia estado el navío aguardándole, y desde que llegó no le halló; que ya se habia ido, porque ya se habian pasado los ocho dias, é aun uno mas que llevó de plazo el Ordás para que aguardase; porque desde que vió el Aguilar no venia, se volvió á Cozumel, sin llevar recaudo á lo que habia venido; y desde que el Aguilar vió que no estaba allí el navío, quedó muy triste, y se volvió á su amo al pueblo donde antes solia vivir. Y dejaré esto, é diré cuando Cortés vió venir al Ordás sin recaudo ni nueva de los españoles ni de los indios mensajeros, estaba tan enojado, que dijo con palabras

berbias al Ordás que habia creído que otro mejor recaudo trajera que no venirse así sin los españoles ni nueva dellos; porque ciertamente estaban en aquella tierra. Pues en aquel instante aconteció que unos marineros que se decían los Peñates, naturales de Gibraleon, habian hurtado á un soldado que se decía Berrio ciertos tocinos, y no se los querian dar, y quejóse el Berrio á Cortés; y tomado juramento á los marineros, se perjuraron, y en la pesquisa pareció el hurto; los cuales tocinos estaban repartidos en los siete marineros, é á todos siete los mandó luego azotar; que no aprovecharon ruegos de ningun capitán. Donde lo dejaré, así esto de los marineros como esto del Aguilar, é nos irémos sin él nuestro viaje hasta su tiempo y sazón. Y diré cómo venian muchos indios en romería á aquella isla de Cozumel, los cuales eran naturales de los pueblos comarcanos de la Punta de Cotoche y de otras partes de tierra de Yucatan; porque, segun pareció, habia allí en Cozumel ídolos de muy disformes figuras, y estaban en un adoratorio. En aquellos ídolos tenían por costumbre en aquella tierra por aquel tiempo de sacrificar, y una mañana estaba lleno el patio donde estaban los ídolos, de muchos indios é indias quemando resina, que es como nuestro incienso; y como era cosa nueva para nosotros, paramos á mirar en ello con atención, y luego se subió encima de un adoratorio un indio viejo con mantas largas, el cual era sacerdote de aquellos ídolos (que ya he dicho otras veces que papas los llaman en la Nueva-España) é comenzó á predicarles un rato, é Cortés y todos nosotros mirando en qué paraba aquel negro sermón; é Cortés preguntó á Melchorejo, que entendia muy bien aquella lengua, que qué era aquello que decia aquel indio viejo; é supo que les predicaba cosas malas; é luego mandó llamar al Cacique é á todos los principales é al mesmo papa, é como mejor se pudo dársele á entender otras cosas santas é buenas, é les dijo que si habian de ser nuestros hermanos, que quitasen de aquella casa aquellos sus ídolos, que eran muy malos é les harian errar, y que no eran dioses, sino cosas malas, y que les llevarian al infierno sus almas; y se les dió á entender otras cosas santas é buenas, é que pusiesen una imagen de nuestra Señora que les dió é una cruz, y que siempre serian ayudados é tendrían buenas sementeras, é se salvarian sus ánimas, y se les dijo otras cosas acerca de nuestra santa fe, bien dichas. Y el papa con los caciques respondieron que sus antepasados adoraban en aquellos dioses porque eran buenos, é que no se atrevian ellos de hacer otra cosa, é que se los quitásemos nosotros, y que veriamos cuánto mal nos iba dello, porque nos iriamos á perder en la mar; é luego Cortés mandó que los despedazásemos y echásemos á rodar unas gradas abajo, é así se hizo; y luego mandó traer mucha cal, que habia harta en aquel pueblo, é indios albañiles, y se hizo un altar muy limpio, donde pusiésemos la imagen de nuestra Señora; é mandó á dos de nuestros carpinteros de lo blanco, que se decían Alonso Yañez é Alvaro Lopez, que hiciesen una cruz de unos maderos nuevos que allí estaban; la cual se puso en uno como humilladero que estaba hecho cerca del altar, é dijo misa el padre que se decía Juan Diaz, y el papa é Cacique y todos los indios estaban mirando con aten-

cion. Llaman en esta India de Cozumel á los caciques calachionis, como otra vez he dicho en lo de Potonchan. Y dejallo he aquí, y pasaré adelante, é diré cómo nos embarcamos.

CAPITULO XXVIII.

Cómo Cortés repartió los navíos y señaló capitanes para ir en ellos, y asimismo se dió la instruccion de lo que habian de hacer á los pilotos, y las señales de los faroles de noche, y otras cosas que nos avino.

Cortés, que llevaba la capitana; Pedro de Albarado y sus hermanos, un buen navío que se decía San Sebastian; Alonso Hernandez Puertocarrero, otro; Francisco de Montejo, otro buen navío; Cristóbal de Olí, otro; Diego de Ordás, otro; Juan Velazquez de Leon, otro; Juan de Escalante, otro; Francisco de Morla, otro; otro de Escobar, el paje, y el mas pequeño, como bergantín, Ginés Nortés; y en cada navío su piloto, y el piloto mayor Anton de Alaminos, y las instrucciones por donde se habian de regir é lo que habian de hacer, y de noche las señales de los faroles; y Cortés se despidió de los caciques é papas, y les encomendó aquella imagen de nuestra Señora, é á la cruz que la reverenciaban é tuviesen limpio y enramado, y verian cuánto provecho dello les venia; é dijéronle que así lo harian, é trajéronle cuatro gallinas y dos jarros de miel, y se abrazaron; y embarcados que fuimos en ciertos dias del mes de marzo de 1519 años, dimos velas, é con muy buen tiempo íbamos nuestra derrota; é aquel mismo dia á hora de las diez dan desde una nao grandes voces, é capean é tiran un tiro para que todos los navíos que veniamos en conserva lo oyesen; y como Cortés lo oyó é vió se puso luego en el bordo de la capitana, é vió ir arribando el navío en que venia Juan de Escalante, que se volvia hácia Cozumel; é dijo Cortés á otros naos que venian allí cerca: «¿Qué es aquello, qué es aquello?» Y un soldado que se decía Zaragoza le respondió que se anegaba el navío de Escalante, que era adonde iba el cazabe. Y Cortés dijo: «Plegue á Dios no tengamos algun desman.» Y mandó al piloto Alaminos que hiciese señas á todos los navíos que arribasen á Cozumel. Ese mismo dia volvimos al puerto donde salimos, y descargamos el cazabe, y hallamos la imagen de nuestra Señora y la cruz muy limpio é puesto incienso, y dello nos alegramos; é luego vino el Cacique y papas á hablar á Cortés, y le preguntaron que á qué volviamos; é dijo que porque hacia agua un navío, que lo queria adobar, y que les rogaba que con todas sus canoas ayudasen á los bateles á sacar el pan cazabe, y así lo hicieron; y estuvimos en adobar el navío cuatro dias. Y dejemos de mas hablar en ello, é diré cómo lo supo el español que estaba en poder de indios, que se decía Aguilar, y lo que mas hicimos.

CAPITULO XXIX.

Cómo el español que estaba en poder de indios, que se llamaba Jerónimo de Aguilar, supo cómo habiamos arribado á Cozumel, y se vino á nosotros, y lo que mas pasó.

Cuando tuvo noticia cierta el español que estaba en poder de indios que habiamos vuelto á Cozumel con los navíos, se alegró en grande manera y dió gracias á

Dios, y mucha priesa en se venir él y los indios que llevaron las cartas y rescate á se embarcar en una canoa; y como la pagó bien en cuentas verdes del rescate que le enviamos, luego la halló alquilada con seis indios remeros con ella; y dan tal priesa en remar, que en espacio de poco tiempo pasaron el golfete que hay de una tierra á la otra, que serian cuatro leguas, sin tener contraste de la mar; y llegados á la costa de Cozumel, ya que estaban desembarcando, dijeron á Cortés unos soldados que iban á montería (porque habia en aquella isla puercos de la tierra) que habia venido una canoa grande allí junto del pueblo, y que venia de la Punta de Cotoche; é mandó Cortés á Andrés de Tapia y á otros dos soldados que fuesen á ver qué cosa nueva era venir allí junto á nosotros indios sin temor ninguno con canoas grandes, é luego fueron; y desde los indios que venian en la canoa, que traia alquilados el Aguilar, vieron los españoles, tuvieron temor y se querian tornar á embarcar é hacer á lo largo con la canoa; é Aguilar les dijo en su lengua que no tuviesen miedo, que eran sus hermanos; y el Andrés de Tapia, como los vió que eran indios (porque el Aguilar ni mas menos era que indio), luego envió á decir á Cortés con un español que siete indios de Cozumel eran los que allí llegaron en la canoa; y después que hubieron saltado en tierra, el español, mal mascado y peor pronunciado, dijo: «Dios y santa María y Sevilla;» é luego le fué á abrazar el Tapia; é otro soldado de los que habian ido con el Tapia á ver qué cosa era, fué á mucha prisa á demandar albricias á Cortés, como era español el que venia en la canoa, de que todos nos alegramos; y luego se vino el Tapia con el español donde estaba Cortés; é antes que llegasen donde Cortés estaba, ciertos españoles preguntaban al Tapia qué es del español, aunque iba allí junto con él, porque le tenían por indio propio, porque de suyo era moreno é tresquilado á manera de indio esclavo, é traia un remo al hombro é una cotara vieja calzada y la otra en la cinta, é una manta vieja muy ruin é un bragero peor, con que cubria sus vergüenzas, é traia atado en la manta un bulto, que eran horas muy viejas. Pues desde Cortés lo vió de aquella manera, también picó como los demás soldados y preguntó al Tapia que qué era del español. Y el español como lo entendió se puso en cuecillas, como hacen los indios, é dijo: «Yo soy.» Y luego le mandó dar de vestir camisa é jubón, é zaragüelles, é caperuza, é alpargates, que otros vestidos no habia, y le preguntó de su vida é cómo se llamaba y cuándo vino á aquella tierra. Y él dijo, aunque no bien pronounciado, que se decia Jerónimo de Aguilar y que era natural de Écija, y que tenia órdenes de Evangelio; que habia ocho años que se habia perdido él y otros quince hombres y dos mujeres que iban desde el Darien á la isla de Santo Domingo, cuando hubo unas diferencias y pleitos de un Enciso y Valdivia, é dijo que llevaban diez mil pesos de oro y los procesos de unos contra los otros, y que el navío en que iban dió en los alacranes, que no pudo navegar, y que en el batel del mismo navío se metieron él y sus compañeros é dos mujeres, creyendo tomar la isla de Cuba ó á Jamáica, y que las corrientes eran muy grandes, que les echaron en aquella tierra, y que los cala-

chionis de aquella comarca los repartieron entre si, y que habian sacrificado á los ídolos muchos de sus compañeros, y dellos se habian muerto de dolencia; é las mujeres, que poco tiempo pasado habia que de trabajo también se murieron, porque las hacian moler, y que á él que le tenían para sacrificar, é una noche se huyó y se fué á aquel cacique, con quien estaba (ya no se me acuerda el nombre que allí le nombró), y que no habian quedado de todos sino él é un Gonzalo Guerrero, é dijo que le fué á llamar é no quiso venir. Y desde Cortés le oyó, dió muchas gracias á Dios por todo, y le dijo que, mediante Dios, que dél seria bien mirado y gratificado. Y le preguntó por la tierra é pueblos, y el Aguilar dijo que, como le tenían por esclavo, que no sabia sino traer leña é agua y cavar en los maices; que no habia salido sino hasta cuatro leguas que le llevaron con una carga, y que no la pudo llevar é cayó malo dello, y que ha entendido que hay muchos pueblos. Y luego le preguntó por el Gonzalo Guerrero, é dijo que éstaba casado y tenia tres hijos, y que tenia labrada la cara é horadadas las orejas y el bezo de abajo, y que era hombre de la mar, natural de Pálos, y que los indios le tienen por esforzado; y que habia poco mas de un año que cuando vinieron á la Punta de Cotoche una capitania con tres navios (parece ser que fueron cuando venimos los de Francisco Hernandez de Córdoba), que él fué inventor que nos diesen la guerra que nos dieron, y que vino él allí por capitán, juntamente con un cacique de un gran pueblo, segun ya he dicho en lo de Francisco Hernandez de Córdoba. E cuando Cortés lo oyó dijo: «En verdad que le querria haber á las manos, porque jamás será bueno dejárselo.» E diré cómo los caciques de Cozumel cuando vieron al Aguilar que hablaba su lengua, le daban muy bien de comer, y el Aguilar los aconsejaba que siempre tuviesen devocion y reverencia á la santa imagen de nuestra Señora y á la cruz, que conocieran que por ello les vendria mucho bien; é los caciques, por consejo de Aguilar, demandaron una carta de favor á Cortés, para que si viniesen á aquel puerto otros españoles, que fuesen bien tratados é no les hiciesen agravios; la cual carta luego se la dió; y después de despedidos con muchos halagos é ofrecimientos, nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y desta manera que he dicho se hubo Aguilar, y no de otra, como lo escribe el coronista Gómora; é no me maravillo, pues lo que dice es por nuevas. Y volvamos á nuestra relacion.

CAPITULO XXX.

Cómo nos tornamos á embarcar y nos hicimos á la vela para el rio de Grijalva, y lo que nos avino en el viaje.

En 4 dias del mes de marzo de 1519 años, habiendo tan buen suceso en llevar tan buena lengua y fiel, mandó Cortés que nos embarcásemos segun y de la manera que habiamos venido antes que arribásemos á Cozumel, é con las mismas instrucciones y señas de los faroles para de noche. Yendo navegando con buen tiempo, revuelve un tiempo, ya que queria anochecer, tan recio y contrario, que echó cada navío por su parte, con harto riesgo de dar en tierra; y quiso Dios que á media noche aljó, y desde amaneció luego se vol-

vieron á juntar todos los navios, excepto uno en que iba Juan Velazquez de Leon; é ibamos nuestro viaje sin saber dél hasta mediodia, de lo cual llevábamos pena, creyendo fuese perdido en unos bajos, y desde se pasaba el dia é no parecia, dijo Cortés al piloto Alaminos que no era bien ir mas adelante sin saber dél, y el piloto hizo señas á todos los navios que estuviesen al reparo, aguardando si por ventura le echó el tiempo en alguna ensenada, donde no podia salir por ser el tiempo contrario; é como vió que no venia, dijo el piloto á Cortés: «Señor, tengo por cierto que se metió en uno como puerto ó bahía que queda atrás, y que el viento no le deja salir, porque el piloto que llevaba es el que vino con Francisco Hernandez de Córdoba é volvió con Grijalva, que se decia Juan Alvarez el Manquillo, é sabe aquel puerto; y luego fué acordado de volver á buscarle con toda la armada, y en aquella bahía donde habia dicho el piloto lo hallamos anclado, de que todos hubimos placer; y estuvimos allí un dia, y echamos dos bateles en el agua, é saltó en tierra el piloto é un capitán que se decia Francisco de Lugo; é habia por allí unas estancias donde habia maizales é hacian sal, y tenían cuatros cues, que son casas de ídolos, y en ellos muchas figuras, é todas las mas de mujeres, y eran altas de cuerpo, y se puso nombre á aquella tierra la Punta de las Mujeres. Acuérdomme que decia el Aguilar que cerca de aquellas estancias estaba el pueblo donde era esclavo, y que allí vino cargado, que le trujo su amo, é cayó malo de traer la carga; y que también estaba no muy léjos el pueblo donde estaba Gonzalo Guerrero, y que todos tenían oro, aunque era poco, y que si queria, que él guiaria, y que fuésemos allá; é Cortés le dijo riendo que no venia para tan pocas cosas, sino para servir á Dios é al Rey. E luego mandó Cortés á un capitán que se decia Escobar que fuese en el navío de que era capitán, que era muy velero y demandaba poca agua, hasta Boca de Términos, é mirase muy bien qué tierra era, é si era buen puerto para poblar, é si habia mucha caza, como le habian informado; y esto que le mandó fué por consejo del piloto, porque cuando por allí pasásemos con todos los navios no nos detener en entrar en él; y que después de visto, que pusiese una señal y quebrase árboles en la boca del puerto, ó escribiese una carta é la pusiese donde la viésemos de una parte y de otra del puerto para que conociésemos que habia entrado dentro, ó que aguardase en la mar á la armada barloventeando después que lo hubiese visto. Y luego el Escobar partió é fué á Puerto de Términos (que así se llama), é hizo todo lo que le fué mandado, é halló la lebreja que se hubo quedado cuando lo de Grijalva, y estaba gorda é lucia; é dijo el Escobar que cuando la lebreja vió el navío que estaba en el puerto, que estaba halagando con la cola é haciendo otras señas de halagos, y se vino luego á los soldados, y se metió con ellos en la nao; y esto hecho, se salió luego el Escobar del puerto á la mar, y estaba esperando el armada, é parece ser, con viento sur que le dió, no pudo esperar al reparo y metióse mucho en la mar. Volvamos á nuestra armada, que quedásemos en la Punta de las Mujeres, que otro dia de mañana salimos con buen tiempo terral y llegamos en Boca de Términos; y

no hallamos á Escobar. Mandó Cortés que sacasen el batel y con diez bellesteros le fuesen á buscar en la Boca de Términos ó á ver si habia señal ó carta; y luego se halló árboles cortados é una carta que en ella decia cómo era muy buen puerto y buena tierra y de mucha caza, é lo de la lebreja; é dijo el piloto Alaminos á Cortés que fuésemos nuestra derrota, porque con el viento sur se debia haber metido en la mar, y que no podria ir muy léjos, porque habia de navegar á orza. Y puesto que Cortés sintió pena no le hubiese acaecido algun desman, mandó meter velas, y luego le alcanzamos, y dió el Escobar sus descargos á Cortés y la causa por que no pudo aguardar. Estando en esto llegamos en el paraje de Potonchan, y Cortés mandó al piloto que surgiésemos en aquella ensenada; y el piloto respondió que era mal puerto, porque habian de estar los navios surtos mas de dos leguas léjos de tierra, que mengua mucho la mar; porque tenia pensamiento Cortés de dalles una buena mano por el desbarate de lo de Francisco Hernandez de Córdoba é Grijalva, y muchos de los soldados que nos habiamos hallado en aquellas batallas se lo suplicamos que entrase dentro, é no quedasen sin buen castigo, aunque se detuviesen allí dos ó tres dias. El piloto Alaminos con otros pilotos porfiaron que si allí entrásemos que en ocho dias no podríamos salir, por el tiempo contrario, y que ahora llevásemos buen viento y que en dos dias llegaríamos á Tabasco; é así, pasamos de largo, y en tres dias que navegamos llegamos al rio de Grijalva; é lo que allí nos acaeció y las guerras que nos dieron diré adelante.

CAPITULO XXXI.

Cómo llegamos al rio de Grijalva, que en lengua de indios llaman Tabasco, y de lo que mas con ellos pasamos.

En 12 dias del mes de marzo de 1519 años llegamos con toda la armada al rio de Grijalva, que se dice de Tabasco; y como sabiamos ya de cuando lo de Grijalva que en aquel puerto é rio no podian entrar navios de mucho porte, surgieron en la mar los mayores, y con los pequeños é los bateles fuimos todos los soldados á desembarcar á la Punta de los Palmares (como cuando con Grijalva), que estaba del pueblo de Tabasco otra media legua, y andaban por el rio, en la ribera, entre unos manglares todo lleno de indios guerreros; de lo cual nos maravillamos los que habiamos venido con Grijalva; y demás desto, estaban juntos en el pueblo mas de doce mil guerreros aparejados para darnos guerra, porque en aquella sazón aquel pueblo era de mucho trato y estaban sujetos á él otros grandes pueblos, y todos los tenían apercebidos con todo género de armas segun las usaban. Y la causa dello fué porque los de Potonchan é los de Lázaro y otros pueblos comarcanos los tuvieron por cobardes, y se lo dieron en rostro, por causa que dieron á Grijalva las joyas de oro que antes he dicho en el capítulo que dello habla, y que de medrosos no nos osaron dar guerra, pues eran mas pueblos y tenían mas guerreros que no ellos; y esto les decian por afrentarlos, y que en sus pueblos nos habian dado guerra y muerto cincuenta y seis hombres. Por manera que con aquellas palabras que les habian dicho se determi-

naron de tomar armas; y cuando Cortés los vió puestos de aquella manera dijo á Aguilar, la lengua, que entendia bien la de Tabasco, que dijese á unos indios que parecian principales, que pasaban en una gran canoa cerca de nosotros, que para qué andaban tan alborotados; que no les veniamos á hacer ningun mal, sino á decirles que les queremos dar de lo que traemos, como á hermanos; y que les rogaba que mirasen no comenzasen la guerra, porque les pesaria dello, y les dijo otras muchas cosas acerca de la paz; é mientras mas les decia el Aguilar, mas bravos se mostraban, y decian que nos matarian á todos si entráramos en su pueblo, porque le tenian muy fortalecido todo á la redonda de árboles muy gruesos, de cercas é albarradas. Aguilar les tornó á hablar y requerir con la paz, y que nos dejasen tomar agua é comprar de comer á trueco de nuestro rescate, é tambien decir á los calachionis cosas que sean de su provecho y servicio de Dios nuestro Señor; y todavía ellos á porfiar que no pasásemos de aquellos palmares adelante; si no, que nos matarian. Y cuando aquello vió Cortés mandó apercebir los bateles é navíos menores, é mandó poner en cada un batel tres tiros, y repartió en ellos los ballesteros y escopeteros; y teniamos memoria cuando lo de Grijalva, que iba un camino angosto desde los palmares al pueblo por unos arroyos é ciénegas. Cortés mandó á tres soldados que aquella noche mirasen bien si iban á las casas, y que no se detuviesen mucho en traer la respuesta; y los que fueron vieron que se iban; é visto todo esto, y después de bien mirado, se nos pasó aquel dia dando orden en cómo y de qué manera habiamos de ir en los bateles; é otro dia por la mañana, después de haber oido misa y todas nuestras armas muy á punto, mandó Cortés á Alonso de Avila, que era capitán, que con cien soldados, y entre ellos diez ballesteros, fuese por el caminillo, el que he dicho que iba al pueblo; y que de que oyese los tiros, él por una parte é nosotros por otra diésemos en el pueblo; é Cortés y todos los mas soldados é capitanes fuimos en los bateles y navíos de menos porte por el rio arriba; y cuando los indios guerreros que estaban en la costa y entre los manglares vieron que de hecho íbamos, vienen sobre nosotros con tantas canoas al puerto adonde habiamos de desembarcar, para defendernos que no saltásemos en tierra, que en toda la costa habia sino indios de guerra con todo género de armas que entre ellos se usan, tañendo trompetillas y caracoles é atabalejos; é como Cortés así vió la cosa, mandó que nos detuviésemos un poco y que no soltásemos tiros ni escopetas ni ballestas; é como todas las cosas queria llevar muy justificadamente, les hizo otro requerimiento delante de un escribano del Rey, que allí con nosotros iba, que se decia Diego de Godoy, é por la lengua de Aguilar, para que nos dejasen saltar en tierra, é tomar agua y hablalles cosas de Dios nuestro Señor y de su majestad; y que si guerra nos daban, que si por defendernos algunas muertes hubiese ó otros cualesquier daños, fuesen á su culpa y cargo, é no á la nuestra; y ellos todavía haciendo muchos fieros y que no saltásemos en tierra; si no que nos matarian. Luego comenzaron muy valientemente á nos flechar é hacer sus señas con sus atambores para que todos sus escuadro-

nes apechugasen con nosotros, é como esforzados hombres vinieron é nos cercaron con las canoas con tan grandes rociadas de flechas, que nos hirieron é hicieron detener en el agua hasta la cinta y en otras partes mas arriba; y como habia allí en aquel desembarcadero mucha lama y ciénago, no podiamos tan presto salir della; é cargaron sobre nosotros tantos indios, que con las lanzas á manteniendo y otros á flecharnos hacian que no tomásemos tierra tan presto como quisiéramos, é tambien porque en aquella lama estaba Cortés peleando y se le quedó un alpargata en el cieno, que no lo pudo sacar, y descalzo el un pié salió á tierra. Estuvimos en aquella sazón en grande aprieto, hasta que (como digo) salió á tierra, y todos nosotros; é luego con gran osadía, nombrando al señor Santiago é arremetiendo á ellos, les hicimos retraer, y aunque no muy léjos, por causa de las grandes albarradas y cercas que tenian hechas de maderos gruesos, adonde se amparaban, hasta que se las deshicimos, é tuvimos lugar por unos portillos de entrar en el pueblo y pelear con ellos, y los llevamos por una calle adelante adonde tenian hechas otras albarradas y fuerzas, é allí tornaron á reparar y hacer cara, y pelearon muy valientemente, con grande esfuerzo y dando voces é silbos, diciendo: «Ala, lala, al calachoni, al calachoni;» que en su lengua quiere decir que matasen á nuestro capitán. Estando desta manera envueltos con ellos, vino Alonso de Avila con sus soldados, que habia ido por tierra desde los Palmares, como dicho tengo, que pareció ser no acertó á venir mas presto por causa de unas ciénegas y estereros que pasó; y su tardanza fué bien menester, segun habiamos estado detenidos en los requerimientos y deshacer portillos en las albarradas para pelear; así que todos juntos los tornamos á echar de las fuerzas donde estaban, y los llevamos retrayendo; y ciertamente que como buenos guerreros iban tirando grandes rociadas de flechas y varas tostadas, y nunca volvieron de hecho las espaldas hasta un gran patio donde estaban unos aposentos y salas grandes, y tenian tres casas de ídolos, é ya habian llevado todo cuanto hato habia en aquel patio. Mandó Cortés que reparásemos y que no fuésemos mas en su seguimiento del alcance, pues iban huyendo; é allí tomó Cortés posesion de aquella tierra por su majestad, y él en su real nombre. Y fué desta manera, que desenvainada su espada, dió tres cuchilladas, en señal de posesion, en un árbol grande, que se dice ceiba, que estaba en la plaza de aquel gran patio, é dijo que si habia alguna persona que se lo contradijese que él se lo defenderia con su espada y una rodela que tenia embrizada; y todos los soldados que presentes nos hallamos cuando aquello pasó dijimos que era bien tomar aquella real posesion en nombre de su majestad, y que nosotros seriamos en ayudalle si alguna persona otra cosa dijere; é por ante un escribano del Rey se hizo aquel auto. Sobre esta posesion, la parte de Diego Velazquez tuvo que remormurar della. Acuérdomé que en aquellas reñidas guerras que nos dieron de aquella vez hirieron á catorce soldados, é á mí me dieron un flechazo en el muslo, mas poca la herida, y quedaron tendidos y muertos diez y ocho indios en el agua y en tierra donde desembarcamos; é allí dormimos aquella noche

con grandes velas y escuchas. Y dejallo he, por contar lo que nias pasamos.

CAPITULO XXXII.

Cómo mandó Cortés á todos los capitanes que fuesen con cada cien soldados á ver la tierra adentro, y lo que sobre ello nos acaeció.

Otro dia de mañana mandó Cortés á Pedro de Albarado que saliese por capitán con cien soldados, y entre ellos quince ballesteros y escopeteros, y que fuese á ver la tierra adentro hasta andadura de dos leguas, y que llevase en su compañía á Melchorejo, la lengua de la Punta de Cotoche; y cuando le fueron á llamar al Melchorejo, no le hallaron, que se habia ya huido con los de aquel pueblo de Tabasco; porque, segun parecia, el dia antes en las Puntas de los Palmares dejó colgados sus vestidos que tenia de Castilla, y se fué de noche en una canoa; y Cortés sintió enojo con su ida, porque no dijese á los indios sus naturales algunas cosas que no trujesen provecho. Dejémosle huido con la mala ventura, y volvamos á nuestro cuento: que asimismo mandó Cortés que fuese otro capitán que se decia Francisco de Lugo por otra parte con otros cien soldados y doce ballesteros y escopeteros, y que no pasase de otras dos leguas, y que volviese en la noche á dormir al real; y yendo que iba el Francisco de Lugo con su compañía obra de una legua de nuestro real, se encontró con grandes capitanes y escuadrones de indios, todos flecheros, y con lanzas y rodela, y atambores y penachos, y se vienen derechos á la capitania de nuestros soldados, y les cercan por todas partes, y les comienzan á flechar de arte, que no se podian sustentar con tanta multitud de indios, y les tiraban muchas varas tostadas y piedras con hondas, que como granizo caian sobre ellos, y con espadas de navajas de dos manos; y por bien que peleaba el Francisco de Lugo y sus soldados, no los podia apartar de sí; y cuando aquesto vió, con gran concierto se venia ya retrayendo al real, é habia enviado adelante un indio de Cuba muy gran corredor é suelto, á dar mandado á Cortés para que le fuésemos á ayudar; é todavía el Francisco de Lugo, con gran concierto de sus ballesteros y escopeteros, unos armando é otros tirando, y algunas arremetidas que hacian, se sostenian con todos los escuadrones que sobre él estaban. Dejémosle de la manera que he dicho, é con gran peligro, é volvamos al capitán Pedro de Albarado, que pareció ser habia andado mas de una legua, y topó con un estero muy malo de pasar, é quiso Dios nuestro Señor encañalillo que volviese por otro camino hácia donde estaba el Francisco de Lugo peleando, como dicho tengo; y como oyó las escopetas que tiraban y el gran ruido de atambores y trompetillas, y voces é silbos de los indios, bien entendió que estaban revueltos en guerra, y con mucha presteza é con gran concierto acudió á las voces é tiros, é halló al capitán Francisco de Lugo con su gente haciendo rostro y peleando con los contrarios, é cinco indios muertos; y luego que se juntaron con el Lugo, dan tras los indios, que los hicieron apartar, y no de manera que los pudiesen poner en huida, que todavía los fueron siguiendo los indios á los nuestros hasta el real; é asimismo nos habian acometido y

venido á dar guerra otras capitánias de guerreros adonde estaba Cortés con los heridos; mas muy presto los hicimos retraer con los tiros que llevaban muchos de ellos, y á buenas cuchilladas y estocadas. Volvamos á decir algo atrás, que cuando Cortés oyó al indio de Cuba que venia á demandar socorro, y del arte que quedaba Francisco de Lugo, de presto les íbamos á ayudar, y nosotros que íbamos y los dos capitanes por mí nombrados, que llegaban con sus gentes obra de media legua del real, y murieron dos soldados de la capitania de Francisco de Lugo, y ocho heridos, y de los de Pedro de Albarado le hirieron tres, y cuando llegaron al real se curaron, y enterramos los muertos, é hubo buena vela y escuchas; y en aquellas escaramuzas matamos quince indios y se prendieron tres, y el uno parecia algo principal; y el Aguilar, nuestra lengua, les preguntaba que por qué eran locos é salian á dar guerra. Luego se envió un indio dellos con cuentas verdes para dar á los caciques porque viniesen de paz; é aquel mensajero dijo que el indio Melchorejo, que traíamos con nosotros de la Punta de Cotoche, se fué á ellos la noche antes, les aconsejó que nos diesen guerra de dia y de noche, que nos vencerian, porque éramos muy pocos; de manera que traíamos con nosotros muy mala ayuda y nuestro contrario. Y aquel indio que enviamos por mensajero fué, y nunca volvió con la respuesta; y de los otros dos indios que estaban presos supo Aguilar, la lengua, por muy cierto, que para otro dia estaban juntos cuantos caciques habia en aquella provincia, con todas sus armas, segun las suelen usar, aparejados para nos dar guerra, y que nos habian de venir otro dia á cercar en el real, y que el Melchorejo se lo aconsejó. Y dejallo he aquí, é diré lo que sobre ello hicimos.

CAPITULO XXXIII.

Cómo Cortés mandó que para otro dia nos aparejásemos todos para ir en busca de los escuadrones guerreros, y mandó sacar los caballos de los navíos, y lo que mas nos avino en la batalla que con ellos tuvimos.

Luego Cortés supo que muy ciertamente nos venian á dar guerra, y mandó que con brevedad sacasen todos los caballos de los navíos en tierra, y que escopetas y ballesteros é todos los soldados estuviésemos muy á punto con nuestras armas, é aunque estuviésemos heridos; y cuando hubieron sacado los caballos en tierra, estaban muy torpes y temerosos en el correr, como habia muchos dias que estaban en los navíos, y otro dia estuvieron sueltos. Una cosa acaeció en aquella sazón á seis ó siete soldados, mancebos y bien dispuestos, que les dió mal en los riñones, que no se pudieron tener poco ni mucho en sus piés si no los llevaban á cuestras: no supimos de qué; decian que de ser regalados en Cuba, y que con el peso y calor de las armas que les dió aquel mal. Luego Cortés los mandó llevar á los navíos, no quedasen en tierra, y apercebió á los caballeros que habian de ir los mejores jinetes, y caballos que fuesen con pretales de cascabeles, y les mandó que no se parasen á alancear hasta haberlos desbaratado, sino que las lanzas se les pasasen por los rostros; y señaló trece de á caballo, á Cristóbal de Olí, y Pedro de Albarado, é Alonso Hernandez Puertocarrero, é Juan de Escalante,